

A GOLPE DE LLUVIA

EN EL TÉRMINO DEL AGUA

Comprendes así
que tu nombre se repite
incesantemente
en el término del agua

RUY HENRÍQUEZ

2002

CON UN SOLO GOLPE

Primero debimos sucumbir a tu silencio.
El mar era un miasma tenebroso
sumado a la noche
y mi corazón latía todavía mudo
en el centro de la tierra.

Nada parecía alterar el ritmo repetido,
la cadencia interminable de las desesperaciones.
Fuego y sangre, lágrima temblando
y el abismo reclamando su cuota de hambre.

Luego, poco a poco,
fuimos conquistando la luz y las palabras,
las hondas determinaciones de los hombres,
la trama indescifrable del número y del orden.

Con un solo golpe supimos entonces
del infinito y sus voces, de la verdad y de la muerte.
Crecimos sin reparar en nuestros cuerpos,
en el clavo de óxido que nos ata a la materia.

Fuimos, por fin, dos desesperados que se aman
sin saber que sus besos son letra escrita,
páginas arrancadas a los libros,
la voz todavía intacta de un poema.

CONFÍA DE ESTA MANERA

Confía de esta manera
en la mano que ciega te conduce
enamorada de las sombras,
volando sobre la áspera textura
de tu párpado blanco.

Así, muda de luz,
ignora el valor de los signos
y te abisma en el silencio intacto
en el que nada tiene ahora un mínimo sentido.

Todo está roto y tu corazón inmóvil
reza para que no sea ésta
la muerte definitiva,
la muerte que te abrumba ahora
con la dura magnitud de su presencia,
con su palabra quieta y la sed de piedra arañándote la lengua.

QUISO TU PIEDAD

Quiso tu piedad
destejer de mi frente
el nudo cárdeno y arduo
de los sueños.

Quiso tu paso
probar la huida,
la libertad de este camino.

Alimentar
la sombra de tus dedos
con la dura destreza
de sus miembros.

Única e infinita
la muerte es un rumor
que acoge mis palabras.

Soy viento,
árbol, tempestad
atada a tus manos

EL ÁNGEL DE LA NADA

Si supiera cómo desesperar
de la lágrima y el lodo,
cómo crecer sobre las
articulaciones enmohecidas
por esta ciénaga meticulosamente
enamorada de tus huesos.
Si supiera rendir todos los afectos
a la desaparecida manera de volar
que tienen tus versos.
Si hoy pudiera decir:
¡Basta, hasta aquí el infierno!,
y trazar una línea en el suelo
y saltar sobre ella como quien
se arriesga al abismo.
Pediría entonces que esta
vieja materia endurecida,
esta renuncia al parecer definitiva,
se hiciera honda marina,
piedra arrojada contra el cielo,
flecha desgarrando todas las miradas.

LA CONSTANCIA

Cae la gota irremediable
sembrando su vacío en la piedra.
Cede la materia silenciosa,
el átomo inmóvil e impracticable,
el círculo de su voz enmudecida
por soles y por eras.

Una a una golpean las palabras
anticipando las edades y los amores,
las impronunciables desilusiones,
las lágrimas en la almohada,
las bodas sagradas y los festejos,
la orfandad diametralmente futura
de una hueste de generaciones
que no conocerás y que acaso
no sepan ni tu nombre.

Esas manos que buscan en la oscuridad,
esos pies innumerables que huyen
o que tal vez acechan,
los sexos que en silencio esperan
el encuentro, el beso, la armonía
que nunca llegará,
son también tus manos, tus pies,
tu sexo dolorido, tu ciega fe en las palabras.

GESTO INCOMPARABLE

Creí ver en tus maneras,
en tu forma de mirar las cosas,
en ese gesto incomparable que abría las ventanas
para que en casa entrara la fría lengua de las 6 de la mañana,
creí ver, dije, que sería posible sobreponerse
a la palabra *mil*, a la palabra *años*.

Creí que sería posible enumerar más allá del final
un porvenir enamorado de la voz, de la mano que borda
en el silencio los breves versos que le dicta su propia muerte.

Incesante y efímera, inmortal en su desnudez precedera,
esta flor encendida en tus labios convoca
la premonición y la osadía, la lágrima detenida
sobre el párpado metálico del espejo.
Ojo del tiempo que me mira,
que me llama desde lejos,
que desde su número me inventa de nuevo.

TIEMPO DE MORIR

Este tiempo de morir,
de caer en la bruma
conspira con tus manos,
con tu sexo mudo
la proliferación del verbo
y la palabra.

Este cuerpo que se desgarrar
hambriento de ti,
sediento de tu voz y tus silencios,
aspira a comprender
en un instante
en un rayo de luz imperceptible,
la secreta labor de la fiebre
lamiendo mis entrañas,
el ardiente entusiasmo
que mis manos sienten ahora
por la desaparición y el regreso.

Artista de lo invisible
tejo para ti
estas líneas sobre el agua,
este meticuloso despliegue
de tu paso sobre el espejo.
Esfinge que interroga.
Ojo de vidrio mirando el cielo.

LA FLOR DE LA AGONÍA

Declina ante este asombro
la flor de la agonía.
Supón que eres viento, aire,
la constante flecha del tiempo
que no se apiada de tu piel
ni de tu cuerpo.
Aléjate de ti y de tus sueños,
eres el peregrino de los días oscuros
de los párpados intactos al amanecer,
a la clara disolución de esa noche
que te acoge como una madre
fecundada por el dolor y la nostalgia.
Nadie supo cuál fue tu secreto
qué desesperación animó la mano
tendida bajo la lluvia.
A quién decías adiós,
A qué decías nunca más,
nunca más hasta que se derrumbe el cielo.

FIEL A TU MEMORIA

Quedan para ti los últimos silencios,
las pálidas conspiraciones con las
que el alba reclama sus derechos.
Hoy fuiste la imprecisa,
la dudosa sensación de estar viva,
temblando sobre las frías ascuas
de lo que fue el amor.

Quedan para ti su rostro,
sus azuladas manos por el frío,
el despojado color
de lo que fue su cuerpo
reposando sobre tu cuerpo,
definitivamente dócil,
único y estéril,
fiel a tu memoria.

LO OLVIDADO

Quizás estarás aguardando mis palabras
como el que espera el golpe de la llave
en la cerradura,
como una puerta que cede a sus impulsos
desafiando al viento
que enviste su ala rígida,
su ala de volar sobre un solo eje
sin abandonar nunca sus principios.

Quizás en tu quieta mansedumbre
conjuras un silencio que te deja de piedra,
como la mujer de Lot que sintió nostalgia
y la sal de sus lágrimas lo lloraron todo.

No tienes otra alma que estas palabras
repetidas en la oscuridad,
que esta oración enunciándote desnuda,
desesperadamente
animando lo que creías muerto,
lo que realmente había muerto.

No hay más alma
que tu voz volando sobre las cosas,
que tu lengua nadadora
alimentando de saliva
lo desaparecido y lo inútil,
lo olvidado,
lo que tal vez creíste innecesario.

LA PALABRA RECOBRADA

Me despido de ti en esta hora
en que las ramas altas del castaño
florecen su arduo corazón destilado
entre las piedras.
Navega tu orden de silencios
interrogando los humedales,
los pronunciados vientres de sus frutos.
Te hospedas en la sombra,
en la tibia umbría del clamor y los helechos.
Tu nombre lo ignora
la palabra recobrada de la lluvia
y a tu llanto se anticipa
las pardas hojas del otoño.
“Piedad, te pide el árbol, no te conozco”
Su edad se desvanece
en el agua oscura de este pozo.

LA ILUSIÓN DE LOS ESCRITO

Graba en la materia
el palpito y la sombra
la desnuda perplejidad
de hallarte solo,
mortal en tu tarea,
único en tu silencio,
como una sola nota,
como una letra pendiente del abismo,
a punto ya de resbalar de tu boca.

Ahí acaba la humanidad,
aquí comienza el despedazado acontecer,
el salto vertical de la agonía.

Desplegando así,
los frágiles instrumentos del poema,
la sílaba incierta,
el húmedo papel de su estructura,
vacilando desde la uña hasta el dedo,
como una promesa imposible de cumplir,
serás por una vez,
la ilusión de lo escrito,
la efímera inmortalidad de sus palabras.

TRAS DESANDAR LA NOCHE

Tras desandar la noche
vuelven a tu cuerpo,
como palomas extraviadas,
los peregrinos pasos,
los viejos modos de hacer el amor,
la fatigada metalurgia del último poema,
o tal vez el incesante diálogo
de las articulaciones
subiendo y bajando
unas infinitas escaleras.

Vuelven a sus huesos y a su piel
los recuerdos desatados de sus yuntas,
la memoria de besos de tus labios,
la última resurrección
que inútilmente también
creíste definitiva.

Tras desandar la noche
supiste que debías seguir
agotando las fatigosas
líneas de los versos,
el misterioso comercio
del sexo y el dinero,
la detallada imprecisión
con que ahora señalan tus dedos.

Comprendes así
que tu nombre se repite
incesantemente
en el término del agua,
en la desesperada palidez
de las tres de la madrugada,
y en el breve ciclo que va
del vino y a la mañana.

EL ÁNGEL

Ya no escucho de tus pasos el rumor en los pasillos,
era tu palpito en mi sien un sinnúmero de insectos
respirando bajo la tierra, tu sonrisa vibrando
anticipándose en mis labios.
Ahora aguardo pacientemente la llegada del ángel,
tu enviado,
que me anuncie tu próxima presencia,
el rubor de tu sangre en mis mejillas,
tu sexo arrojando mi sexo como una mano piadosa
sosteniendo un corazón desolado.
Ignoro la forma del ángel, de ese alado mensajero,
o si vendrá con forma de lluvia
o si anunciará con el aliento del viento helado
un futuro sin tus brazos, sin la sombra de tu cuerpo entregado.
Algo me dice que estás próxima y distante
sostenida sobre el filo caprichoso de la duda,
haciendo sangrar tus pies desnudos, huérfanos de espanto
No olvido la piedad de esos ojos,
la suavidad con que se hace herida tu recuerdo,
como una campana que tiembla solitaria en mitad de la noche.
Soy una hoja que aguarda la ráfaga de viento
que la habrá de arrastrar a la incertidumbre
de su destino lejos del árbol.
Este momento de silencio parece un presagio
sostenido como el filo de un puñal en mi garganta.
Tal vez el ángel ya ha venido, tal vez sea esto,
tal vez el mensajero ya me dio tu recado y yo ya estoy muerto.
Si la eternidad fuera esto, si la eternidad se pudiera
la tendrías ahora en tus manos

ABISMAL DIFERENCIA

De la diferencia nació el abismo,
los pronunciamientos de la voz
sobre la carne hecha pedazos.
Debimos, entonces, superar las sombras,
las innumerables arenas del silencio,
el diario desprendimiento,
la caída infinitesimal
después de cada palabra.

Debimos aprender
la singular manera
de sostenernos en el aire
como si una gaviota nos prestara las alas,
como si el aire se hiciera árbol,
rama desde la que anidas
para hacerte pájaro,
rauda y sangrante flecha,
coordinada formulando
su deseo de ser
una línea prolongada al infinito.

ABRIERON LOS CUCHILLOS

Abrieron los cuchillos
los hondos canales de la sangre,
la vértebra difusa enarbolando
su blanco todavía intacto,
el ojo desnudo de su párpado
y su esfera.

No están en ellos
el destino prodigioso de lo humano,
sino su lenta peregrinación hacia la nada,
la disolución de la voz
en el triste exilio de la piel
desanudada de los huesos.

Virgen del árbol que lo entraña,
vacío de sí, este cuerpo
no aspira ya al amor,
a las tibias madrugadas bajo la manta,
esperando su salvación en una palabra.

NADA SABÍA

Nada sabía de la forma
en que se construye un hombre.

Los procedimientos
y la ardua metalurgia,
el desarrollo vertical
y laborioso de su crecimiento.

Un hombre, pensaba,
es un animal que sueña,
una víctima de su constitución
y su materia.

Rueda desatada de su yunta,
un hombre, como una planta,
bebe de la tierra su destino
y su alimento.

Hoy supe que no es así.
Hoy supe que del trabajo,
de las palabras anudadas a la piel
nacen los órganos,
los cuerpos soñados del futuro,
el deseo atravesando la carne.

Hasta hoy, no supe entender
las hondas determinaciones
que ciñen para siempre las palabras.

Desde el negro fondo
donde reposa la sal destilada,
tu voz se levanta,
se alzan voraces de sentidos
la víscera y la sangre,
la rutina de hambre
de este lento árbol memorioso.

EL FINAL

La dura materia de tu nombre
es ahora una página escrita,
una algarabía de pájaros hambrientos,
un sueño despojado del silencio.

De ti se espera ahora
la paciencia regular de tus palabras
tejidas al verde color de la vorágine,
al amarillo prometedor de la arena,
al infinito azul de tus orillas.

Desalojada ya del sudor y de las voces,
hoy sueñas como un canto subiendo al cielo.
Inmóvil y desnuda,
destilas tu lágrima de alondra,
tu antigua vanidad de estar ausente.